

GLOBALIZACIÓN, INTEGRACIÓN E IDENTIDAD: AMÉRICA LATINA EN LAS NUEVAS PERSPECTIVAS

Nelly Arenas
CENDES, UCV

Resumen:

El artículo procura en líneas generales, vincular la dinámica globalizadora que vive la sociedad actualmente con los procesos de integración en los cuales aquella dinámica se está asentando; sin descuidar la emergencia y relieve que en ese contexto parecen estar cobrando las instancias locales. Teniendo esto por delante, discernimos en torno al concepto de identidad para, finalmente, discutir estos problemas en su expresión latinoamericana.

Palabras Claves: Globalización, integración, identidad.

INTRODUCCIÓN *

Las páginas que siguen constituyen un esfuerzo por articular los temas globalización, integración e identidad a partir de una mirada que privilegia lo cultural en tanto que, el conjunto de valores y representaciones simbólicas que toda sociedad construye sobre el mundo, nutre o inhibe sus posibilidades de acción.

Partimos de la idea de que al tiempo que la sociedad se vuelve cada día más globalizada, los espacios de convivencia más próximos, más íntimos –lo local en sentido estricto– cobran mayor visibilidad, generándose una trama global-local que ha sido denominada “glocalización” para dar cuenta de la síntesis que parece estarse produciendo a partir de estas dos dimensiones.

Las fórmulas de integración en que se apoya el proceso de globalización, refuerzan la emergencia de lo local y simultáneamente favorecen la creación de identidades supranacionales con lo cual los estados nacionales sufren un evidente desgaste. Los flujos migratorios, intensificados en los últimos tiempos, se suman a este cuadro y amenazan con modificar, si no lo están haciendo ya, las líneas que trazan el universo social. En este contexto se producen intentos por resignificar los problemas identitarios a partir de nuevos registros.

* Este trabajo fue presentado en el Seminario: “Dimensión Cultural de la Integración Regional en la Comunidad Andina”, auspiciado por el Centro de Formación para la Integración Regional (CEFIR) y la Comunidad Económica Europea, en la Ciudad de Lima en junio de 1988.

En este marco general se procura situar las perspectivas integracionistas en América Latina, tanto desde el punto de vista de su inscripción en la cultura globalizada, como desde los intentos de formular esquemas para insertarse en la economía mundial. En este sentido privilegiamos las iniciativas locales que des-puntan con fuerza en la región, como expresión de estrategias y análisis más flexibles sobre el desarrollo que hoy tienden a dominar en la misma. Estas iniciativas, además, parecen tener clara la importancia del elemento cultural en las nuevas circunstancias.

Finalmente examinamos el problema de la identidad latinoamericana a la luz de los nuevos contextos y concluimos que, hoy resulta insostenible la idea de identidad en una perspectiva ontologicista. Las nuevas realidades exigen entenderla en una dimensión abierta y procesal.

I. EL JUEGO GLOBAL-LOCAL

En los últimos años parece existir entre los científicos sociales en general, un cierto acuerdo con que el mundo global o más precisamente, los procesos de globalización que la sociedad adelanta, estimulan o refuerzan las dinámicas locales. Esto significa que, paradójicamente, lo global ha posibilitado la visibilidad de lo local.

Pero, ¿qué significa lo global? ¿Cuál es su especificidad? Lo primero que debemos tener claro es que la globalización es tan antigua como las sociedades mismas en tanto que desplazamiento de culturas y fusión entre las mismas. Sin embargo, con la modernidad y los acontecimientos ligados a ella: industrialización, desarrollo tecnológico, descubrimientos de nuevos territorios, entre otros, la sociedad se vuelve cada vez más interconectada. Esta certeza no puede servir para ocultar lo novedoso de los fenómenos globales y la necesidad de entenderlos bajo perspectivas totalmente nuevas. Ciertamente, en las últimas décadas, gracias a los revolucionarios adelantos en las comunicaciones, la expansión de las transnacionales, la vitalidad de instituciones supranacionales como el Banco Mundial, las Naciones Unidas, el Fondo Monetario Internacional y la aparición de numerosos Consejos y Parlamentos, vivimos en una sociedad intensamente concatenada.

La globalización puede definirse como la “intensificación de las relaciones sociales en todo el mundo por las que se enlazan lugares lejanos, de tal manera que los acontecimientos locales están configurados por acontecimientos que ocurren a muchos kilómetros de distancia o viceversa”. (Giddens, 1994, 68). Basta un par de ejemplos para ilustrar esta conceptualización de Giddens. Uno es de orden comunicacional, el otro económico. El año pasado la telenovela

venezolana Cassandra fue transmitida en Serbia, causando furor en la población al punto que los tradicionales huevos de pascua con los que los cristianos ortodoxos celebran la Pascua de Resurrección, llevaron calcados cromos de imágenes de la famosa serie, en vez de los tradicionales símbolos o frases ortodoxas, despertando ácidos comentarios de la máxima autoridad de la iglesia ortodoxa serbia (*El Nacional*, 1997). El otro ejemplo revela la interconexión económica global y se expresa en el empeño infructuoso de Francia e Italia por disminuir a un mínimo de dos a cinco por ciento la participación japonesa en su mercado automovilístico nacional. La creación de una comunidad económica libre de aranceles significa que los vehículos japoneses montados en Gran Bretaña, con más del 80 por ciento de piezas locales, no pueden ser excluidos sin arriesgar un conflicto con la Comisión de la Unión Europea de Bruselas. Y aún más, si los fabricantes japoneses exportan autos a Francia e Italia desde sus plantas en Estados Unidos, "los políticos proteccionistas de París e Italia se descubren a sí mismos engarzados en una pelea con los Estados Unidos" (Kennedy, 1993, 74).

Demás está señalar la importancia que tiene Internet, red de redes, a través de la cual conversan globalmente un número estimado en 50 millones de personas a través de 120 países con una previsión de crecimiento del número de asignados de 200 millones de personas para el año 2002 (Dreifuss, 1997, 209).

Sin embargo, al tiempo que en el mundo se disipan las fronteras y tanto la televisión como las computadoras se han convertido en los vehículos a través de los cuales se crea el "ágora" donde intercambian los ciudadanos del planeta, como lo diría Paul Virilio, los espacios más íntimos de lo social –lo local en sentido estricto– cobra, en aparente contradicción, inusitada relevancia. De diversas maneras este auge del localismo se expresa a partir de la efervescencia creciente de nacionalismos de carácter étnico, virulentos casi siempre¹, en la creación de nuevas naciones² y en los procesos de descentralización, los cuales constituyen una megatendencia en el mundo y apuntan hacia la reforma del Estado en atención a su cada vez mayor incompetencia para lidiar con los problemas de las distintas sociedades nacionales. Lo local adquiere nuevo y vigoroso valor y parece estar descubriéndose a sí mismo en sus probables potencialidades en un mundo globalizado, a partir de las especificidades que orientan el proceso económico globalizador. Así, a pesar de que existe un consumo mundializado, los productos tienden a ser cada vez más diferenciados o

¹ En los últimos años se han producido en el mundo cincuenta y dos conflictos armados, todos ellos internos, es decir intraetáticos, no internacionales (Ramonet, 1997).

² En un corto período de tres años 17 naciones nuevas se armaron con la fractura de las tres federaciones comunistas, la Soviética, la checoslovaca y la de Yugoslavia (Ramonet 1997).

regionalizados, gracias a las unidades descentralizadas de producción las cuales, apoyadas en tecnologías muy flexibles, pueden responder a los gustos particulares de los distintos segmentos sociales que atienden (Dreifuss, 1997, 232) generando un entramado global-local que va más allá de lo económico y afecta los modos de pensar y actuar: “los modelos identitarios se están complejizando, la gente quiere asentar sus valores locales al mismo tiempo que compartir los valores globales” (Ken Booth citado por Nederveen, 1994, 8). O como apuntara Peter Waterman, “lo externo enviste lo interno, lo local vuelve a definir lo global”. (Waterman, 1994, 131).

Esta nueva realidad que conjuga las dimensiones global-local, ha sido bautizada como “glocalización” (Ruigrok y Van Tulder citado por Dreifuss, 1997, 233) y ha dado lugar a la frase “piense globalmente, actúe localmente”. Esto parece ser lo que anima hoy a diversas microregiones, las cuales, amparadas en una gran apertura del comercio en el mundo, desarrollan proyectos y estrategias económicas y culturales para insertarse en la sociedad global.

II. LAS FÓRMULAS DE INTEGRACIÓN A LA LUZ DE LA GLOBALIZACIÓN

Esta dinámica global-local tiene como marco general un auge vertiginoso de las fórmulas integracionistas en el mundo. La globalización es un fenómeno que se apoya cada vez más en la dinámica que engendra la integración de áreas comerciales. En este sentido, tres grandes bloques destacan: el que conforma la Unión Europea, el Asiático, liderado por Japón, y el Area de Comercio para las Américas (ALCA) impulsado por Estados Unidos. Cada vez parece ser menos pertinente hablar de economías individuales como la francesa, estadounidense o italiana por ejemplo. Al mismo tiempo nuevas modalidades integradoras se afincan. Tal es el caso de las “super regiones”, las cuales configuran territorios comerciales que reflejan patrones históricos de migración y comercio, herencia étnica y lingüística, así como costumbres sociales (Delamaide citado por Wong-González, 1997, 7). Estas “super regiones”, se mueven en dos direcciones aparentemente contradictorias: una que apunta hacia la integración económica y política de los países³ y otra que implica una más elevada autonomía de los niveles más particulares, micro regionales, donde la cohesión social y cultural es mayor (Wong-González, 1997, 7). En todo caso, en éstas, los límites no son definidos por criterios políticos administrativos sino por la fuerza de los mercados globales de tal modo que sus nudos principales se atan a la economía global y

³ La reciente puesta en marcha de una sola moneda, el Euro, que circulará en once países de Europa emitida por un sólo banco, el Banco Central Europeo, expresa esta tendencia de integración supranacional.

no a sus respectivas economías nacionales. En esta dirección se están produciendo también "regiones virtuales" organizadas trascendiendo las fronteras nacionales e internacionales (Boisier, 1998) que intentan formalizar los intercambios comerciales tradicionales entre localidades pertenecientes a distintos países. Estas asociaciones llamadas también "estados regionales" agrupan poblaciones entre cinco y veinte millones de personas que se conectan entre sí mucho más que con los estados nacionales en que están insertas. Ejemplos de esta modalidad son las unidades que conforman Cataluña/ norte de Italia; Hong Kong/ parte de la China continental; Singapur/ partes de Malasia e Indonesia, entre otras (Ohmae, 1997).

II.1. estado-nación ya no se escribe con mayúscula

Esta nueva realidad se traduce indudablemente en un desgaste del protagonismo que hasta hace pocas décadas, gozaban los distintos estados-nacionales en el mundo. El poder del estado nacional está siendo socavado tanto por arriba como por abajo. Por arriba en tanto que, la soberanía del estado se ve disminuida frente a la gran autonomía que han adquirido los flujos financieros globales y la gravitación de las instancias supranacionales (Lechner, 1996, 5). Hacia abajo porque, como se ha señalado, las dinámicas locales o sub-nacionales que han emergido en los últimos años le sustraen espacios de su competencia, limitando su centralidad. Caso paradigmático en ambos sentidos lo encontramos en España, país cuyo estado es uno de los más descentralizados de Europa. Para los españoles, la comunidad económica es un "quita miedos" porque la integración europea goza, como ha señalado Luciano Parejo, de "una suerte de patente de corso y de buena imagen en la población" que hace que lo que no puede resolver Madrid, lo soluciona Bruselas: "Bruselas impone disciplinas y ajustes económicos que por venir de allí la población lo acepta; si viniera del Parlamento Nacional o del Gobierno Nacional, pues serían asuntos absolutamente nefandos..." Al mismo tiempo, las Comunidades Autónomas han adquirido tanta independencia, que hoy España, no tiene claro si es una nación que contiene nacionalidades o, "es una sumatoria coordinada de naciones, no teniendo la nación española sustancia como tal" (Parejo, 1997, 176). De tal manera entonces que estamos en presencia de una suerte de minimalismo del estado-nación⁴

⁴ De esto se desprende un compromiso para las Ciencias Sociales apegadas todavía a un imaginario teórico que da cuenta de las sociedades nacionales orientadas por la acción de sus respectivos, como el de Niklas Luhmann quien ha hecho intentos por presentar una teoría sistémica de la sociedad entendida como global. Véase a Niklas Luhmann, *Sociedad y Estados*. Las nuevas realidades signadas por las redes de acción y de poder, reclaman nuevos "utensilios" que permitan aprehender la sociedad en sus nuevas manifestaciones y complejidad. En este sentido algunos esfuerzos del pensamiento

que se vincula también con su imposibilidad cada vez mayor de formular “proyectos nacionales” en el sentido de utopía y fuerza cohesionadora (Ortiz, 1997). En atención a esto cabría preguntarse hasta que punto los programas de acción social, económicos y políticos de las comunidades locales (subnacionales) no estarían encontrando elementos cohesionadores y orientadores hacia el futuro más allá de lo estrictamente nacional.

Sin embargo, más que su desaparición en corto plazo como algunos han proclamado alegremente, lo que está ocurriendo con el estado-nación como entidad, es una redistribución de su autoridad, producto entre otros factores, de lo que ha sido caracterizado como “evasiones del Estado” (Falk citado por Breton, 1994, 20) las cuales son entendidas como “las acciones políticas de actores no estatales que se dirigen a la resolución de problemas globales sin hallarse necesariamente dentro de una lógica de oposición”⁵ (Breton, 1994, 20). El estado nación, sin embargo, siguiendo a Renato Ortiz, sigue siendo la unidad fundamental de la política, así como sigue teniendo “el monopolio del aparato burocrático y de la violencia”. De algún modo, “en su constitución lo que ésta en juego es la formación de un núcleo centralizador, cuya validez se extienda a un dominio territorial determinado” (Ortiz, 1997, 99). Ante esto, resulta pertinente reflexionar sobre cuales serán los límites reales que impondrá la dinámica global-local al estado nación en un futuro, toda vez que éste sigue respirando como “comunidad imaginada” (Anderson, 1993) en la que se reconocen los ciudadanos de las naciones y sigue mostrándose –como lo hace la “eterna Francia” por ejemplo– como el “Dios secularizado” de nuestro tiempo (Llobera, 1996).

social deben ser puestos de relieve como el de Niklas Luhmann quien ha hecho intentos por presentar una teoría sistémica de la sociedad entendida como global. Véase a Niklas Luhmann *Sociedad y sistema: la ambición de la teoría*, (1997).

⁵ Una expresión interesante de estas “evasiones” la encontramos en Estados Unidos donde una serie de organizaciones privadas conformadas por jóvenes diplomáticos (no adscritos al Departamento de Estado) se especializan en solucionar conflictos étnicos y religiosos llenando el vacío creado por los recortes en los presupuestos destinados a la ayuda extranjera que brinda esa nación y a las misiones de pacificación de las Naciones Unidas. A diferencia de las negociaciones oficiales gubernamentales, estas reuniones casi siempre son privadas e incluyen desde educación de la conciencia cultural hasta seminarios dirigidos a relajar las tensiones. A comienzos de los noventa, varias organizaciones de este tipo zanjaron el camino para la firma del acuerdo entre Israel y la Organización para la Liberación de Palestina, que se concretó en Oslo en 1993. En 1992 eran 52 los grupos de este tipo y en apenas tres años (1995) se elevó a 200 (*Economía Hoy*, 1996).

III. LAS IDENTIDADES RESQUEBRAJADAS

Si algo deriva claramente de este cuadro-resumen de las tendencias que perfilan la sociedad de hoy es la crisis de las identidades nacionales. Sometidas a dos tensiones, por un lado un imaginario global producto de la profundización de las intercomunicaciones en el mundo y por el otro, un despertar y reforzamiento de las identificaciones simbólicas más particulares o locales, las identidades "inventadas"⁶ o recreadas a partir de herencias pretéritas⁷ en el marco de la creación de los estados nacionales a finales del siglo XVIII y en el transcurso del XIX, están fracturándose actualmente. "Todos los vínculos tradicionales de la comunidad, se han evaporado... Todos somos personas desarraigadas" (Hobsbawm, 1994, 16) y desde los canadienses que vieron luz como nación prácticamente desarticulados, hasta los franceses, campeones de la identidad nacional, proclaman una crisis de identidad.

En el plano de las transacciones culturales globales y su incidencia sobre las identidades, despuntan como vectores insoslayables los procesos integracionistas en el mundo y los flujos migratorios cada vez más densos. Tanto uno como otro están desdibujando las identificaciones territorializadas enmarcadas en los estrechos límites nacionales. Así, en Europa, tal como vimos para el caso de España, está emergiendo un sentido de pertenencia a un espacio mayor –la comunidad económica– que trasciende las identificaciones nacionales. Los esquemas integracionistas, por los cuales parece estar pasando inevitablemente el proceso de globalización, contribuyen a fomentar identidades transnacionales.

El otro vector, las migraciones, resulta todavía más interesante. Si de por sí éstas constituyen un rasgo importante de la dinámica global, el crecimiento demográfico de los países periféricos previsible para los próximos años permite vaticinar el incremento de esa importancia. Así, los Estados del sur de Europa (España, Portugal, Francia, Italia y Grecia) que tienen un crecimiento poblacional de cero, contrastan con sus vecinos más inmediatos, los países norteafricanos, (Marruecos, Argelia, Túnez, Libia y Egipto) cuya población se estima crecerá en 108 millones de personas hacia el año 2.025 (Kennedy, 1993) haciendo prever

⁶ Inventadas en el sentido que le atribuye Hobsbawm de "ingeniería social" a la constitución de las naciones entre finales del siglo XVIII y el siglo XIX. Véase a Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismos desde 1780* (1995) y al mismo Hobsbawm en coautoría con Terence Ranger, *A invenção das tradições* (1997).

⁷ Josep Llobera intenta demostrar en su obra, *El Dios de la modernidad. El desarrollo del nacionalismo en Europa Occidental* (1996) que el origen de la nación y los nacionalismos hunde sus raíces en la Edad Media y que buena parte de los rasgos que identifican a la nación moderna y los nacionalismos deben ser rastreados en esa fuente.

una re-africanización de Europa (Ortega, 1998). Se calcula también que la población de Estados Unidos aumentará en un 25% hasta el año 2.025, mientras que las de México y Guatemala, lo harán probablemente entre un 88 y un 225% (Kennedy, 1993) con lo cual se exacerbarán los flujos migratorios de estos dos países hacia el del norte. Esto obliga a pensar en el asentamiento definitivo de lo que se ha dado en llamar "culturas fronterizas", en las cuales "la migración va a ser la fuerza social más importante, cuyo discurso no va a ser marginal o desplazado sino que, por el contrario, va a ocupar espacios de debate y decisión cada vez más relevantes"⁸ (Ortega, 1998). Los países centrales que hoy se defienden reprimiendo violentamente la inmigración, son incapaces de vislumbrar en estas fuerzas, versiones de su propio futuro, señala Ortega⁹. En suma, a los espacios interconectados bien sea por la vía de las comunicaciones globales o por las fórmulas de integración formales o informales, debemos agregar estas "formaciones intersticiales" (Nederveen, 1994) conformadas por diásporas, nómadas, exiliados, que están constituyendo un foco extraordinario de renovación social.

En estos nuevos escenarios resulta imperativo releer el problema de las identidades bajo nuevas perspectivas. En este sentido la revalorización del significado de la hibridez en tanto que fusión y recombinación constantes de prácticas culturales ó como ha señalado N. García Canclini (1992) en tanto que "mezcla intercultural", adquiere singular importancia. Del mismo modo, la comprensión del "sí mismo como otro" en la que la alteridad se incorpora al yo, quiebra la idea de identidad como mismidad: la alteridad aquí entendida como lo otro, como lo distinto y diverso se empareja con la "ipseidad" y pasa a constituir la: "Si mismo como otro sugiere en principio que la ipseidad del si mismo implica la alteridad en un grado tan íntimo que no se puede pensar en una sin la otra. [No se trata] sólo de una comparación sino de una implicación: sí mismo en cuanto otro": (Ricoeur, 1996, xiv) Por su parte Alain Touraine se adhiere a un

⁸ De allí que la noción -señala Ortega- del inmigrante como sujeto victimizado y marginal, está cediendo el paso al reconocimiento de éste como individuo con una gran capacidad de liderazgo, transformación del otro y sobre todo de negociación. Es lo que ocurre con los chicanos quienes han abandonado la idea de víctimas bajo la cual se han asumido como cultura al identificar su potencial para abrir sus propios espacios de legitimidad e intermediación en la sociedad estadounidense.

⁹ No es fácil ciertamente capturar la cultura de la errancia en todas sus dimensiones y potenciales porque a ésta no puede entrársele con la lógica del "archivo", la cual supone una visión que se funda sobre la linealidad histórica. La errancia, particularmente, produce códigos, imaginarios, que se escapan del origen, la trayectoria lineal y los finales previsibles.

concepto de identidad que se desprende de un principio de análisis que los antropólogos extrajeron de la lingüística, a saber: "que la relación consigo mismo está gobernada por la relación con el otro; la comunicación determina la identidad" (Touraine, 1997, 220). Estas nociones de identidad se vinculan con el planteamiento de E. Laclau quien sostiene que "no puedo afirmar una identidad diferencial sin distinguirla de un contexto y, en el proceso de hacer esta distinción, estoy afirmando el contexto" (Laclau, 1995, 45). García Canclini ha mostrado los fundamentos a partir de los cuales se está desconstruyendo al concepto de identidad, teniendo en cuenta que la misma no se constituye sólo en relación con un territorio sino también en su conexión con redes internacionales de mensajes y bienes: a) el carácter históricamente constituido y por tanto no sustancialista de las identidades; b) el papel de los componentes imaginarios en la constitución de las identidades étnicas y nacionales, así como en la caracterización de las diferencias con otras etnias y naciones a partir de lo cual la identidad no sería la expresión "natural" en que se viven las relaciones con un territorio, sino la manera en que se imaginan que se viven... c) la composición multicultural e híbrida de las identidades particulares de cada nación o etnia y por último, d) el creciente rol de los condicionantes transnacionales en la constitución de nuevas identidades y la disminución de los condicionantes territoriales y raciales de las identidades étnicas y tradicionales (García Canclini, 1994b, 170).

Estos razonamientos conducen a delimitar la imposibilidad de concretar políticas de preservación de las identidades en tanto que éstas no poseen carácter ontológico, esencialista. No se puede ya ignorar o desechar el trasiego de modos de vida, costumbres, valores, que marcan nuestras prácticas sociales. Aceptar "lo otro" pasa entonces por desacralizar las identidades, entendiéndolas en su dimensión procesal y multicultural. La multiculturalidad acá se traduce en reconocimiento a la diferencia al mismo tiempo que parentesco entre culturas, lo que necesariamente obliga al diálogo entre ellas (Touraine, 1995).

IV. AMÉRICA LATINA EN LAS NUEVAS PERSPECTIVAS

Es imposible hoy, a luz de las transformaciones que experimenta la sociedad mundial, sustraerse a los influjos de una dinámica económica, social, política y cultural cada vez más entrelazada. De tal manera entonces que "...la revolución científico tecnológica, la progresiva globalización de los mercados y las comunicaciones, y la presencia de una competitividad basada cada vez más en la difusión del progreso técnico, han terminado por liquidar cualquier sueño (o pesadilla) de autarquía frente a las tendencias globales" (Calderón, Hopenhayn y Ottone, 1996, 32). Hasta Albania ha tenido que "desalbanizarse" señalan estos autores.

América Latina no escapa de esta marea. Si bien, en el plano económico, el reto fundamental para la región es su integración a los flujos comerciales, financieros y tecnológicos mundiales como mecanismo para disminuir la brecha que la separa del desarrollo, en el plano de las transacciones simbólicas, América Latina está inscrita en la órbita de la globalización cultural. Así, en el área se transmiten en promedio más de 500.000 horas anuales de programación televisiva y en Perú, Panamá, Colombia y Venezuela, existen más de una videocasetera por cada tres hogares con televisión. (Moneta, 1997). Estas cifras, que corresponden a los inicios de la década, es lícito suponerlas incrementadas hoy con el dato adicional del cada vez mayor consumo masivo de televisión por cable, cuyo poder globalizante es de primera magnitud. Es decir, lo que en el terreno de la economía mundializada constituye un desafío, a saber, la incorporación positiva a aquellos flujos, en el terreno cultural es ya un hecho incontestable: formamos parte y reproducimos un imaginario global que nos convierte en miembros de la gran tribu planetaria, aunque ciertamente, los símbolos de la cultura global adquieren sesgos específicos en los espacios particulares con lo cual podría producirse como apunta Hugo Achugar, una "descodificación múltiple del mensaje único" (Achugar, 1996, 134).

En este desfasaje, entre lo que está por lograrse y lo que es un dato establecido, encarna una tensión que seguramente identificará a la región en el futuro: "La asincronía entre una tendencia más lenta en los procesos de integración económica y una tendencia más intensiva de integración en el nivel simbólico y cultural, podrá constituir en los próximos años, un importante núcleo temático en la lucha por la ciudadanía en buena parte de las sociedades de la región" (Calderón, Hopenhayn, Ottone, 1996, 78).

IV.1. El futuro desarrollo regional: entre la integración formal y las iniciativas locales

Uno de los instrumentos que se asume actualmente en América Latina como idóneo para enfrentar con éxito las fuerzas económicas globalizadoras ha sido la integración regional. Pero no la integración de los años sesenta y setenta bloqueadora de las iniciativas nacionales, de espaldas al mundo, cerrada sobre sí misma. Se trata ahora de una "integración abierta" que intenta "contribuir a conciliar la mejor inserción internacional con la profundización de nexos de interdependencia entre los países de la región" (Rosenthal, 1994, 49).

En este contexto, las condiciones de adhesión a los acuerdos, así como los arreglos entre las partes signatarias están dominadas por la flexibilidad lo cual vuelve mucho más permeables a las distintas sociedades y economías tanto a las externalidades de la región como a los intercambios entre ellas mismas. En

esta onda se han revitalizado acuerdos tradicionales como el Pacto Andino y han surgido otros como el Mercosur, amén de la proliferación de tratados bilaterales o trilaterales sin precedentes en la zona, como los que han establecido entre otros México, Colombia y Venezuela; Chile y México; Colombia y Venezuela. Aunque se han producido importantes avances en los intercambios comerciales intragrupos, como los que registra el Grupo Andino o el Mercosur (Araoz, 1996), el creciente interés que se advierte en América Latina por las culturas locales y regionales, según apunta Martín Barbero (citado por García Canclini, 1996) tiene poco que ver con esfuerzos desplegados desde los esquemas de integración. Este fenómeno, se conecta mas bien con una mayor cobertura de los medios de comunicación en la región, lo cual favorece un incremento de la información sobre los espacios locales y regionales.

Este mayor acercamiento intercultural no debe estimular, como en los años sesenta y setenta una integración regional dispuesta a impulsar una supuesta identidad latinoamericana abstracta, tal como era el desideratum de las dirigencias políticas y la intelligentsia de la región inspiradas en el ideal bolivariano. La integración en estos momentos tiene por fuerza que considerar el carácter multicultural de la sociedad latinoamericana e impulsar la conversación entre sus distintas expresiones a los fines de contribuir a una convivencia democrática. La integración "supone la capacidad de articular una multiplicidad de diferencias (étnicas, históricas, políticas, culturales y económicas) en el arco de una unidad superadora" (Shuster, 1994, 326).

No por casualidad, al tiempo que los esquemas de integración, si se quiere tradicionales, protagonizan las posibilidades integradoras de la región e intentan viabilizar la inserción de la misma a la economía globalizada por medio de la promoción y la competitividad, se están destapando una serie de iniciativas con el mismo propósito, que provienen de espacios más delimitados, los espacios locales, y que ven en la globalización más que una amenaza una oportunidad. En la base de estas iniciativas se encuentra un reconocimiento de la importancia del comercio exterior para el crecimiento de las economías regionales, el interés por atenuar los problemas de desempleo, la escasez de capital nacional así como cada vez un mayor déficit fiscal (Wong-González, 1997) y la conciencia creciente sobre las potencialidades culturales locales para lograr un espacio en la sociedad mundializada. Podríamos afirmar que se trata de una nueva estrategia de desarrollo que opera desde lo local, desprendiéndose de lo nacional, adquiriendo perfil propio. Algunos casos dan cuenta de la emergencia de estas nuevas fórmulas para lograr la inserción en la economía mundial que no necesariamente se crean al margen de los esquemas formales de integración. Así en México, al calor del Tratado de Libre Comercio, se han generado lo siguientes proyectos:

El proyecto "Chihuahua: La Primera Economía del siglo XXI en México" (1994) "Jalisco 2000: De frente a las nuevas realidades" (1994); "Veracruz de frente al nuevo siglo" (1995); "Visión Estratégica del Desarrollo Económico de la Región Sonora-Arizona" (1995-1997) en el marco del cual se proyecta la construcción de un aeropuerto cuya pista toque los dos lados de la frontera. En este sentido también, el norte del estado de Baja California (México) y el sur de California (Estados Unidos) han desarrollado un conjunto de acciones destinadas a incrementar el comercio y atraer inversiones bajo el lema: "Descubra las californias: Dos países , una Región" (Wong-González, 1997). Tanto el proyecto Sonora- Arizona como la promoción de las dos californias, constituyen modalidades de las llamadas "regiones virtuales" o "super-regiones" referidas ya. En ambos casos, se trata de sincerar, para su aprovechamiento, una situación histórica de hecho: los vínculos tradicionales entre dos territorios delimitados políticamente. Es hacer más transparentes la "frontera de cristal" de la que habla Carlos Fuentes en una de sus novelas. El ritmo de los procesos de globalización y la merma de las capacidades de los estados nacionales para definir programas nacionales de desarrollo, están impulsando estas formas no tradicionales de planeación.

En todo caso la disipación de las fronteras nacionales en el marco de la globalización está haciendo posible que lo local se sitúe en un cierto primer plano. Las miradas a lo "micro" eran más difíciles antes en tanto que la atención se concentraba en lo nacional.

Otras experiencias, aparte de las de México, dan cuenta también de esta tendencia. Tal es el caso del proyecto "Neuquén 2.020" formulado en la región de Argentina que lleva ese nombre, cuyo esquema productivo está basado en la producción de gas y petróleo. Dicho proyecto intenta trascender el rol del Estado central en el desarrollo e incorporar otros actores: sociedad civil, iglesia, universidad, empresariado, sindicatos, con miras a procurar una mejor inserción en la economía mundial (Martínez Guarino, 1997).

Estos proyectos encierran un optimismo por lo local. Este optimismo se ha expresado también en algunos intentos de fundar una suerte de metodología para el autoconocimiento de algunas micro-sociedades. Tal es el trabajo de Restrepo reseñado por Sergio Boisier, *Piura: Región y Sociedad. Derrotero bibliográfico para el desarrollo* (1996) donde se da cuenta de los recursos locales y perspectivas de la zona, no como mero inventario de sus recursos, "sino de la cadena innovativa y productiva posible de construir a partir de los recursos locales" (Boisier, 1997, 10). Así también, algunas comunidades intentan sacar provecho de sus viejos saberes como es la intención del proyecto "La resolana electrónica" que procura, con la ayuda de computadoras, descubrir la memoria colectiva de algunas pequeñas comunidades hispanas en Nuevo México, sobre

todo en lo que respecta a agricultura, tierra y agua con el fin de incorporarlos a la currícula escolar (*El Globo*, 1996, 6).

Un elemento nuevo parece ser el denominador común de todos estos proyectos: la conciencia de la importancia de la dimensión cultural como generadora de una cosmogonía local, capaz de generar códigos de autoidentificación (Boisier, 1997). Se está incorporando en los análisis del desarrollo local la variable identidad; pero con sentido de futuro bajo el entendido que “en la dialéctica macro-micro... el problema de la identidad, con ingredientes históricos y proyección futura, es clave. A mayor globalización, mayor identidad” (Martínez Guarino, 1997, 14).

IV.2. La identidad redefinida

Alain Touraine ha señalado que: “...Cuanto más se ingresa en la economía internacionalizada, más se construye la voluntad política de autonomía, de autodeterminación, sobre una conciencia de origen, de identidad cultural y étnica y no como se creyó durante mucho tiempo, sobre unos proyectos de modernidad racionalizadora” (Touraine, 1997, 222). Esta afirmación de Touraine da cuenta de la dialéctica global-local de la que habláramos en las primeras páginas de este trabajo. Pero la misma además, permite reconocer el fraccionamiento múltiple de lo social que se expresa en distintas lógicas, distintas racionalidades: “Ahora predomina mayormente la identidad por referencia a pequeños grupos cercanos, los consensos locales, coyunturales y rescindibles, las visiones fragmentadas, escépticas de la realidad” (Welsch citado por Mardones, 1994, 21). Se trata, según la óptica de Jean Francois Lyotard de los “juegos de lenguaje”, los cuales se afirman en el carácter local de todos los discursos, acuerdos y legitimaciones (Lyotard, 1994).

Esta pluralidad de existencias y visiones societales, por decirlo de otro modo, tiene en la cultura latinoamericana una de sus mejores expresiones¹⁰. Somos una sociedad intensamente híbrida y nuestro mestizaje¹¹ que se funda y refunda

¹⁰ Como ha señalado Joaquín Brunner: “Las culturas de América Latina, en su desarrollo contemporáneo, no expresan un orden –ni de nación, ni de clase, ni religioso, ni estatal, ni de carisma, ni tradicional, ni de ningún otro tipo– sino que reflejan en su organización los procesos contradictorios y heterogéneos de una modernidad tardía, construida en condiciones de acelerada internacionalización de los mercados simbólicos en el ámbito mundial” (Brunner, 1995, 276).

¹¹ Cesar Vallejo hizo un reconocimiento del mestizaje humano en una hermosa frase: “Como la lengua, como la vida, toda sangre es espléndidamente mestiza. Sólo la muerte es pura”. George Yudice ofrece un excelente ejemplo de identidad caleidoscópica ampa-

en la mezcla de culturas que nos conforma, también es extrapolable metafóricamente, a los muchos tiempos que nos cruzan; es decir somos también mestizos de tiempo. Si no, ¿cómo explicar que en una sociedad como la mexicana convivan al mismo tiempo, el cosmopolitismo heteróclito de ciudad de México y una comunidad como la de los Huicholas donde las niñas son regaladas a los cantadores viejos y las mujeres jóvenes pueden ser cambiadas por cerveza? América Latina vive tiempos culturales trancos y mixtos de premodernidad, modernidad y postmodernidad (Calderón, 1987). Para Anibal Quijano la relación entre historia y tiempo es en América Latina diferente a como se presenta en Europa o en Estados Unidos: lo que en aquellos espacios es secuencia, en América Latina es simultaneidad. Se trata de un tiempo que contiene muchos tiempos (Quijano, 1991).

Por ello para la región resulta más urgente hacer nuevas lecturas de los problemas identitarios. Para nosotros es imperativo despojar a la identidad del carácter ontológico y metafísico que por mucho tiempo se le atribuyó, con lo cual se le asumía como esencia inerte. Muchas políticas de "rescate de la identidad" fracasaron por eso: no se puede inmovilizar lo que es esencialmente dinámico. Esto, obviamente no supone un ahogo de nuestras particularidades en los mares globales, de allí que "...el cruce de sensibilidades que irradia la industria cultural acontece en la región sobre una larga tradición de cruce cultural. Por ello, el desarrollo de la industria cultural debiera poner en evidencia que la modernidad ya no significa dejar atrás las sensibilidades propias, sino conjugar, en un mismo presente, una vasta historia de signos culturales heterogéneos" (Hopenhayn, 1994, 114).

Por otra parte, la diversidad de lenguajes y prácticas sociales, si se atrincheran cada una, si no dialogan y se reconocen entre sí, corren el riesgo de conducir a la "destrucción de las culturas, la violencia social y las aventuras autoritarias" (Touraine, 1997, 176). Enrique Krause advierte sobre estos peligros en México a propósito de Chiapas. Según Krause, el movimiento indigenista

rada en la mezcla cultural, encarnada en Guillermo Gómez peña, un escritor chicano, quien exalta su hibridez en la siguiente narración: "Hoy, ocho años después de mi partida [de México] cuando me preguntan por mi nacionalidad o identidad étnica, no puedo responder con una palabra, pues mi identidad ya posee repertorios múltiples: Soy mexicano pero también soy chicano y latinoamericano. En la frontera me dicen "chilango" o "mexiquillo"; en la capital "pocho" o "norteco" y en Europa "sudaca". Los anglosajones me llaman *hispanic* o *lathlou* y los alemanes me han confundido en más de una ocasión con turco o italiano. Mi esposa Emilia es anglo, pero habla español con acento argentino, y juntos nos paseamos por los desechos de la Torre de Babel de nuestra postmodernidad americana" (Yúdice, 1996, 100).

tiene dos elementos positivos: contrapesa la homogeneidad cultural propia del sistema globalizado y constituye una "urgente señal de alerta sobre la antigua condición de miseria y marginalidad en la que vive el diez por ciento de la población del país: los indios de México" (Krause, 1998, H.6).

Pero al mismo tiempo se está conformando una nueva ideología, un "remedo de religión" al que Krause llama "neoindigenismo" que desdeña en el fondo al "movimiento social de larga duración más original e importante de la historia de México: nada menos que el mestizaje", corriendo así, el riesgo de "legitimar una especie de fundamentalismo que no sólo alimentará las tensiones étnicas en México, sino que las inducirá, las creará de hecho, allí donde no existían". Pero lo peor de todo es que, contradictoriamente, continúa Krause, "arroja una mayor confusión sobre el verdadero, el lacerante problema de México, que no es étnico sino social y económico: la pobreza, esa condición que no respeta las diferencias de raza ni se explica mayormente por ellas y menos aún se combate enardecíendolas". En este último sentido vale la afirmación de E. Laclau: "...todas las formas de subordinación y exclusión pueden consolidarse con la excusa de mantener las identidades puras" (Laclau, 1995, 47).

Es precisamente este mestizaje, este "tejido intercultural" que somos, uno de nuestros principales activos societales porque de él deriva "la flexibilidad y adaptabilidad que la emergente sociedad comunicacional requiere de sus actores" (Calderón, Hopenhayn y Ottone, 1996, 62), aunque ciertamente la historia de exclusión consustancial con ese tejido, se muestre al mismo tiempo como "marca" que dificulta la construcción de ciudadanía en la región. De allí que "...potenciar el cruce cultural como un modo de hacer más tenues las fronteras sociales, es también un recurso para la construcción de la ciudadanía moderna" (Calderón, Hopenhayn y Ottone, 1996, 87).

En todo caso la identidad en América Latina ya no puede ser tenida como cómodo refugio desde el cual no sólo hemos oscurecido el presente, sino también demonizado lo extranjero como amenazante de nuestra genuinidad (Arenas, 1997). Si bien los tiempos globales impulsan la afirmación de perfiles identitarios, éstos no pueden entenderse ni en sentido puro, descontaminados, ni inmutables, como si estuviesen dados de antemano.

Identidad, es "lo que somos ahora mismo" ha dicho Carlos Fuentes, lo cual significa dotarla de presente e inscribirla en el imperio de la contemporaneidad en el que estamos inmersos. América Latina está inserta del modo que sea en la globalidad. Vivimos en la cultura global, sus códigos también nos marcan. La "otredad" de la que hablaba Octavio Paz, la alteridad, el "otro como si mismo", trazan las nuevas coordenadas a partir de la cual hoy se piensa la identidad. Nosotros y los otros; los otros y nosotros como uno, tienen en América Latina

una de sus mejores posibilidades porque en la región, como en casi ninguna otra parte del mundo, repitiendo a Vallejo, la sangre, la lengua, la vida son espléndidamente mestizas.

UN INTENTO DE ARTICULACIÓN A MANERA DE CONCLUSIÓN

Tanto las tendencias globalizadoras como las fórmulas de integración en las que se apoyan aquéllas, están generando una dinámica en la que lo global y lo local establecen una especie de entramado en el que ambas dimensiones se funden en un sólo proceso. En este contexto, se está produciendo el estallido de particularismos, revitalización de etnias al interior de los estados nacionales, lo cual evidencia una paradoja histórica: al tiempo que nos fusionamos, nos fragmentamos. Fusión-fisión parecen ser los ejes tensionales que movilizan a la sociedad de hoy.

Estos fenómenos se han traducido en un desgaste de los estados nacionales, los cuales han visto disminuir su capacidad tanto hacia arriba como hacia abajo. Así las cosas, la identidad nacional no goza de tanta salud como en otros tiempos.

Los flujos globales, la emergencia y visibilidad de lo local, los procesos integracionistas, las olas migratorias están obligando a repensar los problemas identitarios. Nuevas visiones en las que la exclusión cede espacio a la inclusión, fraguan los discursos desde los cuales se relea la identidad. A pesar del reconocimiento de la fragmentación social con sus múltiples lógicas y racionalidades, la identidad se entiende ahora como incorporación de lo otro, como sí mismo en cuanto otro. La clave del asunto parece estar en la comprensión de que no existe una identidad global que absorbemos pura y simplemente, ni tampoco identidades locales amuralladas e impolutas.

América Latina no es ajena a estas circunstancias. Inscrita en la cultura globalizada, comparte lo mismos códigos que marcan el imaginario global, aunque en esa dinámica pueda haber procesos de resignificación, particular de aquellos códigos. Sometida a la marea global, se ha visto obligada a repensar, y reforzar sus esquemas tradicionales de integración surgidos al calor de distintas condiciones históricas ó a dar a luz nuevos instrumentos en ese sentido. Simultáneamente, asoman en la región caminos que intentan, desde los espacios más íntimos, los espacios locales, insertarse en el mundo global. Este hecho integracionista que puede asimilarse de una vez como una dimensión más de las transacciones económicas, sin embargo, tiene también implicaciones culturales porque envuelve maneras de pensar, asumirse, ver los otros, que se insertan en nuestras representaciones sociales.

Estas nuevas dimensiones replantean el problema de la identidad en América Latina, obligando a entenderla en su carácter procesal, inacabado siempre, al tiempo que revalorizan el potencial de la hibridez de la que estamos hechos al reconocer la alteridad como parte de cada uno de nosotros mismos.

BIBLIOGRAFÍA

- Achugar, Hugo y Francisco Bustamante (1996), "Mercosur, intercambio cultural y perfiles de un imaginario", en Nestor, García Canclini (coord.), *Culturas en globalización*, Nueva Sociedad, Caracas.
- Anderson, Benedict (1997), *Comunidades imaginarias*, FCE, México.
- Araoz, Mercedes (1997), "Integración y competitividad en un mundo globalizado: el caso de la Comunidad Andina", *SELA*, No. 45, enero-marzo, Caracas.
- Arenas, Nelly (1997), "Globalización e identidad latinoamericana", *Nueva Sociedad*, No. 147, enero-febrero, Caracas.
- Boisier, Sergio (1997), *El vuelo de una cometa. Una metáfora para una teoría del desarrollo territorial*, IEPES, Cepal, Santiago de Chile.
- (1998), *Teorías y metáforas sobre el desarrollo territorial. Planteamiento del desarrollo regional en el siglo XXI: América Latina y el Caribe*, Centro de las Naciones Unidas para el Desarrollo Regional, Nagoya.
- Breton, Gilles (1994), "La globalización y el Estado: algunos conceptos teóricos", en *Globalización, integración e identidad nacional, Análisis comparado Argentina-Canadá*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.
- Brunner, José J. (1995), "Tradicionalismo y modernidad en la cultura latinoamericana", en José Luis Reyna (comp.), *América Latina a finales de siglo*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Calderón, Fernando, Martín, Hopenhayn y Ernesto, Ottone (1996), *Esa esquivia modernidad*, Nueva Sociedad, Caracas.
- Calderón, Fernando (1987), "América Latina. Identidad y tiempos mixtos o cómo tratar de pensar la modernidad sin dejar de ser indios", *David y Goliath*, CLACSO, No. 52, Buenos Aires.
- Dreifuss, René Armand (1997), *Corporações estratégicas e mundialização cultural*, Edic. Letra Lire, Sao Paulo.
- Economía Hoy (1996), "Grupos privados resuelven disputas entre naciones", *Economía*

Hoy, 3 de diciembre, última, Caracas.

El Globo/Economía (1996), "Conservan viejas tradiciones con ayuda del computador en Nuevo México", *El Globo/Economía*, 14 de abril, 6, Caracas.

El Nacional (1997), "Busto de Kassandra sabotea la Pascua serbia", *El Nacional*, 27 de abril, 3-30, Caracas.

García Canclini, Nestor (coord.) (1996), "Políticas culturales e integración norteamericana", en *Culturas en globalización*, Nueva Sociedad, Caracas.

— (1994), "Identidad cultural frente a los procesos de globalización y regionalización: México y el tratado de libre comercio de América del Norte", en Carlos, Moneta y Carlos, Quenan (comps.), *Las reglas del juego. América Latina. Globalización y regionalismo*, Corregidor, Buenos Aires.

— (1992), *Culturas híbridas*, Edit. Sudamericana, Buenos Aires.

George, Yúdice (1996), "El impacto cultural del Tratado de Libre Comercio norteamericano", en García Canclini, Nestor (coord.), *Culturas en globalización*, Nueva Sociedad, Caracas.

Giddens, Anthony (1994), *Consecuencias de la modernidad*, Edit. Alianza Universidad, Madrid.

Hobsbawm, Eric (1995), *Naciones y nacionalismos desde 1780*, Edit. Critica, Barcelona.

— (1994), "Identidad", *Revista Internacional de Filosofía Política*, No. 3, Mayo, Madrid.

Hobsbawm, Eric y Terence, Ranger (1997), *A invenção das tradições (organizadores)*, Edit. Paz e Terra, Sao Paulo.

Hopenhayn, Martín (1994), *Ni apocalípticos ni integrados. Aventuras de la modernidad en América Latina*, FCE, Santiago de Chile.

Jaclau, Ernesto (1995), "Universalismo, particularismo y el tema de la Identidad", *Revista Internacional de Filosofía Política*, No. 5, junio, Madrid.

Krause, Enrique (1998), "Las trampas de la raza", *El Nacional*, 22 de marzo, H-6, Caracas.

Kennedy, Paul (1993), *Hacia el siglo XXI*, Edit. Plaza & Janes, Barcelona.

La Rue, Richard y Jocelyn, Letourneau (1994), "A propósito de la unidad y la identidad del Canadá: Ensayo sobre la desintegración de un Estado" en *Globalización e integración e identidad nacional. Análisis comparado Argentina-Canadá* Grupo Editor Latinoamericano. Buenos Aires

- Lanni, Octavio (1997), *Teorías de la globalización*, Siglo XXI, México.
- Lechner, Norbert (1996), "El nuevo papel del Estado en América Latina", Conferencia dictada en el marco del *Seminario la Planificación del Futuro o el Futuro de la Planificación*, 35 aniversario del CENDES, Mimeo, Caracas.
- Llobera, Josep R. (1996), *El Dios de la modernidad. El desarrollo del nacionalismo en Europa Occidental*, Anagrama, Barcelona.
- Lyotard, Jean-Francois (1994), *La postmodernidad (explicada a los niños)*, Edit. Gedisa, Barcelona.
- Luhmann, Niklas (1997), *Sociedad y sistema: la ambición de la teoría*, Paidós, Barcelona.
- Mardones, José María (1994), "El neo-conservacionismo de los posmodernos", en G. Vattimo y otros, *En torno a la modernidad*, Bogotá.
- Martínez Guarino, Ramón (1997), "El neuquen 2.020 y la planificación microregional de casa al siglo XXI", Foro Regional de Desarrollo para América Latina y el Caribe, Desarrollo Regional en el siglo XXI, 1 al 3 de diciembre, Bogotá.
- Moneta, Juan Carlos (1998), "La dimensión cultural: el eslabón perdido de la globalización", *América Latina y el Caribe en los tiempos de la globalización*, Capítulos del SELA, No. 47, Caracas.
- Nederven, Jan (1994), "Globalización as Hybridization", *International Sociology*, No. 9/2, Londres.
- Ohmae, Kenichi (1997), *El fin del Estado Nación*, Edit. Andrés Bello, Santiago de Chile.
- Ortega, Julio (1998), *Seminario escenarios latinoamericanos del futuro. Teoría cultural y prácticas literarias*, Fundación Centro Latinoamericano Rómulo Gallegos, abril, Caracas.
- Ortiz, Renato (1997), *Notas sobre la mundialización y la cuestión nacional*, Nueva Sociedad, No. 149, Caracas.
- Parejoo, Luciano (1998), "La descentralización de España", en Carlos, Mascareño (co-ord.) *Descentralización, gobierno y democracia*, CENDES- Asociación, Gerencia y Gestión Local, (en imprenta), Caracas.
- Paz, Octavio (1982), *El laberinto de la soledad*, Edit. Fondo de Cultura Económica, México.
- Quijano, Anibal (1991), "Modernidad, identidad y utopía", en Edgardo Lander, *Pensamiento crítico: un diálogo interregional. Modernidad y universalismo*, Nueva Sociedad, Caracas.

- Ramonet, Ignacio (1997), *La crisis del fin de siglo: la sociedad en el umbral de un nuevo tiempo*, Conferencia dictada en el Ateneo de Caracas, 6 de mayo, Caracas.
- Ricoeur, Paul (1996), *Sí mismo como otro*, Siglo XXI, Madrid.
- Rosenthal, Gert (1994), "El regionalismo abierto de la Cepal", *Los nuevos estilos de la integración económica*, Pensamiento Iberoamericano, No. 26, julio-diciembre, Madrid.
- Shuster, Federico L. (1994), "En busca de la identidad", en *Globalización, integración e identidad nacional. Análisis comparado Argentina-Canadá*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.
- Sonntag, Heinz y Nelly, Arenas (1995), *Lo global, lo local, lo híbrido. Aproximaciones a una discusión que comienza*, Temas para el debate No. 6, UNESCO, Caracas.
- Touraine, Alain (1997), *¿Podremos vivir juntos?*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- (1995), "¿Qué es una sociedad multicultural?", *Claves*, No. 56, Madrid.
- Waterman, Peter (1994), *Global, civil, solidario. La complejidad del nuevo mundo*, Nueva Sociedad, No. 132, Caracas.
- Wong-González, Pablo (1997), *Globalización e integración internacional: nuevas estrategias de desarrollo regional transfronterizo*, Foro Regional de Desarrollo para América Latina y el Caribe. Desarrollo para el siglo XXI, 1 al 3 de diciembre, Bogotá.